

IVEREIGH, Austen (comp.), *The Politics of Religion in the Age of Revival: Studies in Nineteenth-Century Europe and Latin America*, Institute of Latin American Studies, University of London, Londres, 2000, 223 pp.

luis e. boseberg *

Teniendo como período el siglo XIX y como tema central religión y resurgimiento, el conjunto de estudios de esta revista plantea que, contrario a muchas explicaciones de índole liberal que postulaban la decadencia de la iglesia, dicho siglo, por el contrario, vivió una era de restauración. Si bien, las relaciones entre la sociedad y religión cambiaron, ello no significa que aquella perdiera su religiosidad.

Los diversos estudios presentan una gran variedad de ejemplos que ilustran la tesis del resurgimiento religioso. Tan sólo teniendo en cuenta este resurgimiento podemos entender la naturaleza de los conflictos entre Estado e Iglesia, liberal y católico.

Anderson desarrolla la idea de que Roma triunfó y con ello se hizo tan visible que tanto para católicos como anticlericales se constituyó en un conspicuo símbolo para sus respectivas luchas. Aunque con diferentes características, dependiendo del lugar y las circunstancias, se trataba de una renovación del clero, de la fundación de nuevas órdenes -muchas dedicadas al servicio activo-, y de una verdadera proliferación de vocaciones religiosas. El ultramontanismo es comprensible si tenemos en cuenta las terribles persecuciones contra la iglesia; era, pues, defensivo.

McMillan se pregunta que si tenía lugar un proceso de descristianización, ¿por qué entonces estallaron tantos conflictos? Y, ¿cómo explicar, entonces, el anticlericalismo? Lannon, investigando sobre España, constata la existencia de una gran variedad de congregaciones responsables de orfanatos, hospitales y escuelas. Londoño documenta una expansión religiosa en Antioquia entre 1870 y 1930.

Brading nos relata, por ejemplo, como Clemente de Jesús Munguía, obispo de la diócesis de Michoacán, que aunque representaba aquella posición que tradicionalmente calificamos de ultramontana y conservadora, su ideario estaba impregnado -siendo esto lo sorprendente- de la reacción francesa a la revolución. Es decir, un afrancesamiento invadía el pensamiento religioso del México decimonónico e inspiró muchos en la lucha contra el Estado liberal.

Los Valenzuela explican que la tensión entre lo secular y lo religioso no se dio a partir de fraccionamientos de clase ya que la participación social era muy heterogénea. Sectores populares se identificaban con un ideario tradicional y con el discurso moderno revolucionario y europeo que la élite criolla postulaba. Mientras que la élite criolla -urbana, masculina y burguesa-, contrastaba fuertemente con la iglesia a través de sus múltiples instituciones, esta construyó marcos identitarios y de ritual que iban más allá de las fronteras de clase y género. Más aún, el discurso independentista llegaba a las masas populares porque había una filiación con las ideas tradicionales religiosas. Según esto, la iglesia estaba en los corazones del pueblo en sentido físico y metafórico y daba un unidad antes de que el liberalismo hablara de nación.

* Profesor asociado del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes.

Para Van Young y Viveraigh la tradición hispánica contractual y antiabsolutista de los teólogos de Salamanca, de un, por ejemplo, Francisco Suárez, era notable entre los proceres de la independencia. Además, muchos políticos del siglo XIX apelaron a la creencias tradicionales populares. Es decir, no era bien visto separar las creencias religiosas de las políticas -como los liberales señalaban.

Muchas otras ideas son planteadas. La iglesia era plural: tres corrientes la dividían, a saber, el ultramontanismo, el neotomismo y el liberalismo. Ella no resistía al liberalismo por defender privilegios sino a partir de una tradición arraigada y popular. Así pues, los liberales decimonónicos no se dieron cuenta de la profundidad del sentimiento católico.

El anticlericalismo no era, como generalmente se dice, una reacción exclusiva contra el clericalismo, sino también debe entenderse dentro de marcos distintos a los de la iglesia, con una lógica propia y dinámica.

La iglesia contribuyó a la modernización, y no era retardataria, como se demuestra en el caso de Antioquia en donde el catolicismo produjo las élites burguesas que a su vez apoyaban la subcultura eclesiástica. El nacionalismo y el catolicismo competían porque tenían mucho en común. Así, la dicotomía moderno -tradicional tiene muchos más matices de los que generalmente se creía. La iglesia no competía en igualdad de fuerzas, como se ha creído. Era fuerte en ciertos lugares (México y Francia) y débil en otros (Argentina).

En general, la iglesia apoyó movimientos de independencia en América Latina y los liberales no se mostraban todos en contra de la religión. Inclusive, los nuevos y poderosos estados en épocas tranquilas veían con buenos ojos a los curas en sus ritos y en sus orientaciones. El conflicto también vivía una dinámica y creativa relación. Al terminar el siglo ambos contendores habían cambiado por su interrelación.

En síntesis, los variados artículos muestran a una iglesia muy distinta a la presentada por la visión tradicional liberal. Con una gran variedad de matices y contextos, la institución no es analizada en términos maniqueos de blanco y negro, sino resaltando sus aportes a la modernidad, sus facetas y posiciones. El siglo XIX no vivió una oposición frontal entre iglesia y democracia.